

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1964, pp. 212-218.

### **Emilio Oribe (1893)**

El pensamiento ensayístico de Oribe no se dispersa en demasiados puntos: las condiciones y posibilidades de la meditación metafísica; la incesante indagación sobre el ser de la poesía, y la postulación de una especie de ella, rica de **intuiciones eidéticas**; los grandes “temas eternos”: Tiempo, Muerte, Inmortalidad; los contactos entre el pensamiento y la Vida no estarían lejos de agotar la nómina. Pero aun podría apuntarse que todos ellos son variedades de una “teoría de la inteligencia”, sólo corolarios, despliegues de ese “Nous” que, según su libro más conocido, **no es la inteligencia, no es el espíritu tampoco. Es una categoría superior a ambos: se alimenta de esas fuentes y del amor: por encima de esta suma, hállase [éste] constituyendo una categoría integral, pues siempre les agrega algo más, como pasa con todas las síntesis de la vida psicológica.** Y, en el mismo pasaje retoca: **La Inteligencia de que a menudo se habla aquí, proviene del “Nous” helénico de Anaxágoras, se vincula con las ideas platónicas, se purifica en Aristóteles, la escolástica, asciende sobre el misticismo plotiniano, avanza en los tiempos, circula en Descartes y en Hegel, y se diversifica, dispersándose en algunos hombres de hoy.**

En su obra sobre la filosofía uruguaya de este siglo, Arturo Ardao ha indagado su sistemática implícita, situándolo entre los filósofos de “la Idea” y sosteniendo que, en las antípodas de Rodó, Reyles o Vaz Ferreira, esta entidad se confunde en él con la misma Divinidad. Esto, agréguese, no ocurre sin una cierta reducción inmanentista de lo divino; a los efectos concretos de la vivencia, Idea, Espíritu o Inteligencia no dejan de estar denotados siempre en Oribe por los rasgos de Razón, Discurso y Ser pensante.

Pese a ello y fundamentalmente: un platónico, para el cual la realidad y la historia “ya” constituyen una caída y América y el mundo extraeuropeo una caída más irremisible que el resto. Un dualismo –casi maniqueo– de Espíritu y Mundo es, así, la vertebración de un pensamiento nutrido en los presocráticos, Platón, Plotino, Descartes, el idealismo alemán, el racionalismo francés de los dos últimos siglos y, también y más en el aire del tiempo, Benda, Bergson y Guyau, de quien afirmaba no hace mucho que le acercó al problema estético. Pero en Oribe, su contraste fundamental no es una antítesis yerta y conceptualizada sino, por el contrario, el comprensivo esquema de un existencial combate de inteligencia y de acción, de pensamiento y de realidad, vivido hasta las heces de una vida intelectual ya dilatada. Los entes puros del “logos” aparecen siempre en él, batidos por la temporalidad, el movimiento, el devenir, lo irracional, la nada,

la vida, **los éxtasis**... Esta lucha, esta agonía entre el Nous y **el ritmo oscuro y huidizo de las cosas** es sentida por Oribe con angustia pero también con delicia: de ella, en verdad, se alimentan lo más personal de su meditación y casi toda su poesía. La Tierra y el fluir hacia la muerte le atraen y le repelen a la vez y vuelve a su prosa, en más de una ocasión, el tema del **Anti-Anteo** que pierde **fuerzas infinitas** cuando toca suelo y también el horror cántaro a la carne, a la encarnación, a la paternidad que desviriliza. En una imagen reveladora de uno de sus libros confiesa –“a fortiori”– que sólo recupera esas fuerzas cuando el suelo de contacto es **una joven inteligencia**. Pero Razón, Idea, Inteligencia, hay que agregar el matiz, no son, si cabe la paradoja, puramente “intelectuales” ni “ideológicas”, ni “rationales”: son el “misterio”, la intuición quienes la nutren, como los oleajes baten sus luminosos entes pero los sostienen también sobre el mar infinito. De cualquier manera, en la desafiante inversión del adagio tradicional: **pensar es necesario; vivir no es necesario** se cifra todo lo que Oribe preconiza, quiere significar.

Sitarlo en unas ciertas coordenadas relativamente precisas no es difícil. Heredero del culturalismo de Rodó, lo impostó, sin embargo, de un cierto estilo y rigor docentes y de una muy mayor jerarquía y universalidad de nutrición filosóficas. Tanto respecto a Rodó como a Vaz Ferreira, Oribe representa, eminentemente, el movimiento de “ir hacia las fuentes”, el remontarse, más allá de los filósofos y vulgarizadores (franceses y anglosajones, primordialmente) del siglo XIX, a los autores que fundaron el pensamiento clásico en metafísica, lógica y moral. También en estética, pero exhibiendo en ella Oribe mayor elaboración propia; ya Lasplaces emparentaba sus doctrinas con Figari y Dieste; si a los tres sumáramos a Joaquín Torres García, se completaría el cuarteto de uruguayos que ha contribuido, de alguna manera, a la disciplina conceptual de la belleza y el arte, los cuatro que han incursionado solos, inventivamente aventureros, por los senderos de su área.

Junto a sus fuentes intelectuales –y si se quiere ser medianamente abarcador– habría que mencionar el prestigio, casi mágico, no puramente intelectual, que ciertas figuras, de linaje “apolíneo”, han ejercido sobre Oribe. Leonardo y Goethe son seguramente los dechados más perfectos de esta atracción personalizada que para él posee un cierto ideal de paz, de universalidad, de dominio interior, de inteligencia diamantina, de inmunidad a las contingencias históricas, de difícil serenidad. Porque es, evidentemente, el prototipo clásico y las notas que alguna vez le atribuía: ligereza, gracia, claridad, equilibrio medida, el que de modo más potente seduce a Oribe, el que más imanta sus páginas más ambiciosas o más testimoniales.

Un tercio de siglo de labor ensayística puede confirmar este boceto, indudablemente precario, de su tipo espiritual. Desde **Poética y Plástica** (1930) a

**Tres ideales estéticos** (1958), los libros comprendidos entre ambos extremos: **Teoría del Nous** (1934), la introducción a **El pensamiento vivo de Rodó** (Buenos Aires, 1945), **El Mito y el Logos** (1945), **Trascendencia y platonismo en poesía** (1948), **La intuición estética del tiempo** (1951), **Dinámica del verbo** (1953) son capaces de marcar la firmeza, la persistencia excepcional de un pensamiento reiterativamente centrado sobre unas pocas líneas fundamentales de interés. Ratificación sorprendente de este rasgo podría ser la de señalar que su conferencia de Ginebra “*Algunos aspectos del pensamiento en el Nuevo Mundo*” (**El Viejo y el Nuevo Mundo**, París, Unesco, 1956, págs. 292-322) es el resultado, salvo cuatro brevísimos pasajes (págs. 293-294; 298-299; 311; 320-322), de una cuidadosa taracea de textos de **Teoría del Nous**, **El Mito y el Logos**, **Dinámica del verbo** y la introducción a Rodó. Oribe se sintió cómodo recurriendo a páginas compuestas algunas dos décadas antes para expresar, en ocasión relativamente solemne, su pensamiento.

Aun dejando, como es previsible, su labor poética al margen, es necesario apuntar que su culto de una poesía **de la inteligencia unida al sentido** como hechura suprema de la **imaginación poética**, según expresiones de Marcel de Corte aceptadas por Oribe, fue en el curso de los años ahondando y clarificando sus propios designios. La apreciación de sus frutos (que ha estado muy sujeta a controversia) no cabe en estas páginas, ya se decía, pero estas menciones son inexcusables porque, salvo en la forma más exterior y visible, no siempre es fácil distinguir su prosa de su poesía, emparentadas las dos, como lo están, en la temática, el lenguaje, el procedimiento. Y aun podría señalarse que, mientras su poesía suele caer a menudo en un conceptualismo y prosaísmo penosos (no es tarea menuda embretar en formas rítmicas ideas de Plotino, Spinoza, Schelling o Whitehead), es tal vez en la prosa donde los dones y las obsesiones de Oribe se expanden con más libertad, donde el intelectual andamiaje no pesa, y sostiene, por el contrario, pasajes de inesperada, rotunda belleza.

Yendo más a una raíz común es legítimo anotar que tanto poesía como prosa de Oribe se escapan poco de cierta línea central, de cierta manera de “reflexionar emocionado” (o “emoción intelectualizada”) ante los prodigios de la Inteligencia y del Ser. Un grave entusiasmo de las Ideas, una como extática admiración por los grandes sistemas, las vastas construcciones que la capacidad del hombre ha creado: ese es el hilo que enhebra lo más característico de su obra, cualquiera sea la vertiente formal en que esa obra se ofrezca. Es un “estilo de pensar” en el que es más frecuente el “enunciar”, con un velo esplendente de imágenes, que el pensamiento coherente, discursivo, combinatorio, afanoso de nuevas verdades. Como en los presocráticos que tanto admira, conviven en él así la poesía y la metafísica pero, a diferencia de éstos, parece menos operante en Oribe la desvelada inquisición por el ser de las cosas o el existir de lo viviente que esta casi inalterable actitud de ditirambo de la Belleza, las Ideas, la Razón, la

Inteligencia, el Ser, el Espíritu, según un prestigioso pensamiento recibido la ha ya formulado. Más esencial es, así, en él “declarar” esas grandezas, encomiar esas densidades, que el argumentar, el deliberar o el probar.

Por medio de un manajo de símbolos concurrentes: **la torre, el fuego, el puente, la antorcha, el diamante, la isla, la luz, la llama**; oponiéndolo a otro en que se expide la fugacidad, el caos, la temporalidad: **noches, mares, oleajes, delirios, ciénagas**, Oribe, ya sea en prosa o en poesía, enciende su pensamiento de emoción, de trascendencia, de intransferible personalidad. En sus libros de prosa, y en especial en *Teoría del Nous* y *El Mito y el Logos* (que también son los dos más esencialmente ensayísticos), el autor ha vertido sus temas en cierto tipo de expresión poco preocupada de la comunicación, en cierto modo ensimismada y hasta distraída; una expresión en la que aparecen como inferiores o secundarias las calidades de precisión estructural y el buen soldar de todos los eslabones del razonamiento y en la que sólo resultará importante el hallazgo de esas imágenes felices, esas claridades aforísticas que surgen, a veces, en largos trechos arenosos y desvaídos. No es, por eso, casual o caprichoso el culto de Oribe por el aforismo: puede que lo más sustancial de lo suyo es en el aforismo que se cifra. Pero también hay que observar que en este pensamiento grave, serio, ocasionalmente solemne, se cruzan a veces lampos de una cierta penumbrosa socarronería, de un tenue humorismo que posee un encanto peculiar para los que saben sorprenderlo.

Este descuido de la estructura discursiva y de la continuidad temática es natural que le hayan llevado a lo que Cyril Connolly llamaba **el libro informe**, compuesto de heterogéneos materiales pero rico de sustancia y feliz de libertad, como lo son casi todos los suyos pero, especialmente, los dos recién mencionados y *Poética y Plástica* y *Dinámica del verbo*. De más está decir, junto a esto, que la exposición puntual y la crítica concreta de un pensamiento ajeno no son los fuertes de Oribe y que sus numerosos trabajos sobre “pensadores estéticos” resultan seguramente inferiores a su labor propiamente personal. De ese sector histórico-crítico de su obra, tal vez lo más vivo continúe siendo *Poética y Plástica*, aunque esté fuera de duda que la novedad, la frescura de los prestigios que en su hora el libro impusiera (Valéry y Góngora, Debussy, Worringer, Wolfflin, Spengler...) se halle y hoy irremisiblemente marchita.

Este remoto, este ensimismado (y es una de sus más vitalizadoras paradojas) suele expedirse en juicios de una excepcional agudeza sobre el mundo real y aun sobre un ámbito americano y nacional que, salvo alguna excepción radiosa como *Rapsodia Bárbara*, parece tan lejano de su interés. Algunos de esos juicios, incluso, resultan prácticamente imprevisibles en él, si se atiende al contexto de su propio pensamiento. Menos originales son sus meditaciones sobre los “peligros de la cultura” y las normas para su “defensa”, características de la

cuarta y quinta décadas del siglo y la vasta corriente de alarma, congregación y compromiso con que los intelectuales de Occidente respondieron a los meteoros del fascismo, la guerra, el racismo y la boga de las “ortodoxias”. Aunque esas meditaciones no detonen, en modo alguno, respecto a las de la “intelligentsia” liberal europea (y a las de un Thomas Mann en especial), su importancia es inequívocamente menor que las que pueden espigarse en los libros mayores de Oribe sobre las condiciones culturales de América y del Uruguay. Bajo el tono, entre despectivo y dolorido, con que el autor enjuicia nuestras realidades desde una exigente pauta intelectual y universalista, no es imposible encontrar en ellas una conciencia muy viva de las características de una “cultura colonial” (con este rótulo se agrupan en esta selección esos textos) o una noción muy cabal de las posibilidades de la cultura como sustento de una nacionalidad y de ésta como base imprescindible del pleno frutecer de aquélla (en páginas que aquí también se reúnen).

De los restantes textos seleccionados, el nº 27 expide la importancia que los “temas eternos” del pensamiento religioso y metafísico han tenido en su obra y la manera variablemente lírica e impersonal que su manejo en Oribe asume. En los pasajes titulados “*En el torbellino de las fuerzas*” podría rastrearse un repertorio muy amplio de las dicotomías que acechan a un hombre de pensamiento, fiel a la vez a un culto intemporal del Espíritu y sensible a las tremendas exigencias del contorno histórico en que le ha tocado moverse. “*Poesía bárbara de América*” es, en cierto modo, el envés de su programática de la poesía y la reivindicación de la suya frente a la boga de la que, en términos de Santayana, cabría calificar de “bárbara”. De bárbara: esto es carente de objetividad, madurez y compasión, universalidad, poder de trascendencia; densa, hasta la asfixia, de terrenalidad, furia, pasión y finitud. Las indirectas a Neruda, figura máxima del tipo literario que Oribe enfrenta, son bastante visibles, aunque no lleguen a la virulencia de otros contradictores del chileno. Y en “*Ideal de poema*” (recién se decía) se plantea el íntimo prospecto del poeta, su aspiración a un canto penetrado de inteligencia, su adhesión a un tipo de poema extenso, rico de símbolos, complejo y estructurado, que Oribe admira anchamente desde la **Commedia** y **Las Soledades** hasta **La Jeune Parque** de Valéry, los **Quartets** de T. S. Eliot o la **Anabase** de Saint John Perse.

A propósito de varios de los textos elegidos, conviene recordar que Oribe ha marcado no hace mucho (en EL PAÍS del 30 de octubre de 1962) su desinterés por los temas sociales y, ya, a propósito de **Teoría del Nous**, en la ACCIÓN de Quijano, en 1935, Celia Mieres y Ofelia Machado polemizaron sobre el sentido y alcance de ese desapego que, explanado el proceso central de su pensamiento, es fácil de ratificar. Pero aclárese todavía que, encomiada la “totalitaria positividad” del mundo de las ideas, el servir a lo real, el vivir, simplemente, asume en él un cariz dramático y el deber irremisible de insertarse en lo histórico-social se

unilateraliza hacia la visión de una inteligencia casi intemporal, esencialmente “utópica”, que se “impone” despóticamente sobre cada sociedad diversificada y aún (como en el caso de la alta cultura filosófica) se trasplanta casi por entero. No sólo no “nace”, entonces, de lo real (reclamo que, en verdad, pudiera ser desmedido y hasta letal) sino que ni siquiera se “nutre” o se “refracta” en la pasta común de los hombres. Agréguese a esto que, negado el proceso posible de encarnación del espíritu, el “europeísmo” de su enfoque se hace patente, por más que haya en él, como ya se observaba, tantos atisbos del colonialismo intelectual, de las condiciones de creación y consumo cultural en una colectividad mediatizada.